

en el Oriente como ancha estrella de oro, mientras que al otro extremo, la cúpula de las Tullerías, redondeaba, en el cielo, su pesada masa azul.

Detrás de esto, debía estar situada la casa de la señora de Arnoux.

Volvió á entrar en su cuarto, y luego, echado en su diván, se abandonaba á una meditación desordenada; planes de trabajo, proyectos de vida, adelantos para el porvenir.

Por fin, para desembarazarse de sí mismo, salía.

Subía á la ventura, por el barrio latino, tan tumultuoso de costumbre, pero desierto en aquella época, porque los estudiantes se habían marchado á sus casas.

Los grandes muros de los colegios, como ensanchados por el silencio, tenían un aspecto más sombrío todavía; oíanse toda especie de ruidos apacibles, el batir de alas en jaulas, el chirrido de un torno, el martillo de un zapatero; y los ropavejeros, en medio de las calles, miraban á las ventanas inútilmente. En el fondo de los cafés solitarios, la señora del mostrador bostezaba entre sus botellas llenas; los periódicos permanecían ordenados sobre la mesa de los gabinetes de lectura; en el taller de las planchadoras, se movía la ropa blanca, al soplo de la templada brisa.

De cuando en cuando Federico, se paraba delante de la muestra de un librero de viejo; un ómnibus que pasaba rozando la acera, le hacía volverse, y al llegar al Luxemburgo, se detenía.

Algunas veces, la esperanza de una distracción le atraía á los bulevares. Después de sombrías callejuelas que exhalaban frescuras húmedas, llegaba á grandes plazas desiertas, resplandecientes de luz, y en las que los monumentos dibujaban al borde del friso encajes de de sombra negra. Pero las carretas, las tiendas que empezaba á encontrar y la multitud le aturdíán, sobre todo el domingo; desde la Bastilla hasta la Magdalena, era aquello una inmensa oleada ondulante sobre el asfalto, en medio del polvo, en un rumor continuo; sentíase enteramente descorazonado por la bajeza de los tipos, la necedad de las frases, la imbécil satisfacción que transpiraban las sudorosas frentes.

Sin embargo, la conciencia de valer más que aquellos hombres, atenuaba la fatiga de mirarlos.

Iba todos los días al «Arte industrial», y para saber cuándo volvería la señora de Arnoux, se informaba de su madre muy detenidamente. La respuesta de Arnoux no variaba: «continuaba la mejoría»; su mujer y la pequeña

estarían de regreso la semana próxima. Cuanto más tardaba en llegar, más inquietud manifestaba Federico, tanto que Arnoux, enternecido por tanto afecto, le llevó cineo ó seis veces á comer al restaurant.

Federico, en aquellas largas entrevistas comprendió que el comerciante de pintura no era muy ingenioso. Arnoux podía apercibirse de aquel enfriamiento, y además era ocasión de devolverle un poco sus finuras.

Queriendo hacer las cosas muy bien, vendió á un prendero todos sus trajes nuevos en la suma de ochenta pesetas; y habiéndola aumentado con otras ochenta que le quedaban, fué á casa de Arnoux para llevarle á comer. Allí estaba Regimbart, y se dirigieron á los «Tres Hermanos Provenzales.»

El ciudadano empezó por quitarse la levita, y seguro de diferenciarse de los otros dos, redactó la lista. Pero aunque se trasladó á la cocina para hablar por sí mismo al jefe, bajó á la cueva, cuyos rincones todos conocía, é hizo subir al dueño del establecimiento, al cual «dió un buen jabón», no quedó contento ni de los platos, ni de los vinos, ni del servicio. A cada plato nuevo, á cada botella diferente, desde el primer bocado, desde el primer sorbo, dejaba caer su tenedor ó rechazaba lejos la copa; después, apoyando los codos sobre el mantel todo

lo largo de su brazo, gritaba que no se podía ya comer en París. Por fin, no sabiendo qué imaginar para su boca, Regimbart pidió judías en aceite, sencillamente, las cuales, aunque solo á medias, le apaciguaron un poco. Luego sostuvo con el camarero un diálogo sobre los antiguos mozos de los «Provenzales». ¿Qué se había hecho de Antonio? ¿Y un tal Eugenio? ¿Y Teodoro, el pequeño, que servía siempre abajo? ¡Había en aquel tiempo allí una mesa muy diversamente distinguida, y botellas de Borgoña como ya no se beberán!

Enseguida se trató del valor de los terrenos en las afueras, una especulación de Arnoux, infalible. Con esperar, perjudicaba sus intereses. Puesto que no quería vender á ningún precio, Regimbart le fijaría alguno; y aquellos dos señores hicieron, con un lápiz, cálculos hasta el final de los postres.

Fuéronse á tomar el café al Pasaje del Salmón, en el entresuelo de un cafetín. Federico asistió de pié á interminables partidas de billar, mezcladas con sendos vasos de cerveza; y allí permaneció, sin saber por qué, por encogimiento, por tontería, en la esperanza confusa de algún acontecimiento favorable á su amor.

¿Cuándo volvería á verla? Federico se desesperaba; pero una noche, á fines de Noviembre, Arnoux le dijo:

—¿Sabe usted? Mi mujer ha vuelto ayer.

Al día siguiente, á las cinco, entraba en su casa.

Empezó por felicitaciones, a propósito de su madre, cuya enfermedad había sido tan grave.

—No; ¿quién se lo ha dicho á usted?

—Pues Arnoux.

Ella dijo ¡ah! suavemente, y añadió que al principio había sentido serios temores, que ya desaparecieron.

Hallábase cerca del fuego, en la mecedora de tapicería; él en el canapé, con su sombrero entre las rodillas, y la conversación fué penosa, abandonada por ella á cada minuto; no encontrando él coyuntura para introducir en la charla sus sentimientos. Pero lamentándose de estudiar los Procedimientos, ella replicó:

—Sí... concibo... los negocios...—bajando la cabeza absorbida de repente en sus reflexiones.

Sentíase él sediento por conocerlas, y hasta no pensaba en otra cosa. El crepúsculo formaba sombras á su alrededor.

Levantóse ella, pues tenía un encargo que hacer, luego se presentó con una capota de terciopelo y una capa negra guarnecida de Marta. Atrevióse él á ofrecerle que la acompañaría.

No se veía ya; el tiempo era frío, y una espesa niebla, esfumando la fachada de las casas,

emponzoñaba el aire. Federico lo aspiraba con delicia, porque sentía á través del algodónado del abrigo la forma de su brazo; y su mano aprisionada en guante de gamuza de dos botones, su manita, que hubiera cubierto de besos, se apoyaba en su manga. Por causa de lo resbaladizo del piso, oscilaban un poco; parecíale á él que iban ambos mecidos por el viento, enmedio de una nube.

El brillo de las luces, en el bulevar, le volvió á la realidad. La ocasión era buena, apremiaba el tiempo, fijóse el espacio hasta la calle de Richelieu para declarar su amor. Pero casi al punto, delante de un almacén de porcelanas, se detuvo resueltamente ella, diciéndole:

—Ya estamos; mil gracias. Hasta el jueves ¿no es verdad? como de costumbre.

Las comidas empezaron de nuevo, y cuanto más trataba á la señora de Arnoux, más aumentaban sus languideces. La contemplación de aquella mujer le enervaba, como el uso de un perfume demasiado fuerte. Aquello llegaba hasta las profundidades de su temperamento, y se convertía casi en una manera general de sentir, un nuevo modo de existir.

Las pérdidas que encontraba á la luz del gas, las cantantes ensayando sus notas, las artistas ecuestres en sus caballos á galope, las burgesas á pie, las grisetas en su ventana, todas las

mujeres le recordaban aquella, por semejanzas ó por contrastes violentos. Miraba en las tiendas las cachemiras, los encajes y las arracadas de pedrería, imaginándolas colocadas sobre sus hombros, cosidas á su cuerpo, lanzando sus fuegos en sus cabellos negros. En las cestas de las vendedoras, las flores se ofrecían para que ella las eligiese al pasar; en los escaparates de los zapateros, las pequeñas pantuflas deraso cerradas de pluma de cisne, parecían esperar su pie; todas las calles conducían á su casa; los coches se estacionaban en las plazas, únicamente para ir allá más deprisa; París se refería á su persona, y la gran villa con todas sus voces, sonaba como orquesta inmensa alrededor de ella.

Cuando iba al Jardín de Plantas, la vista de una palmera le arrastraba hacia países lejanos. Viajaban juntos, sobre los dromedarios, bajo las tiendecillas de los elefantes, en la cámara de un yacht por azules archipiélagos, ó uno al lado del otro en dos mulas con campanillas, que tropezaban en las yerbas ó contra columnas en pedazos. A veces se detenían en el Louvre, delante de cuadros antiguos, y su amor recorría hasta los siglos pasados, sustituyéndola á los personajes de las pinturas. Adornada con un tocado alto oraba ella de rodillas detrás de una vidriera de colores. Señora de Castilla ó de Flandes, permanecía sentada, con una gorguera

almidonada y un corsé de grandes bullones. Luego bajaba por alguna grande escalera de pórfido, en medio de los senadores, bajo un dosel de plumas de avestruz, con un traje de brocado. Otras veces soñaba que la veía con pantalón de seda amarilla, en los cojines de un harén: y todo lo que era hermoso, el brillo de las estrellas, ciertos aires de música, el sentido de una frase, un contorno, la llevaban á su pensamiento de una manera brusca é insensible.

En cuanto á intentar hacerla su amante, seguro estaba de que sería vana toda tentativa.

Una noche, Dittmer, al llegar, la besó en la frente; Lovarias hizo lo propio, diciendo:

—Usted lo consiente ¿no es verdad? según privilegio de los amigos.

Federico balbuceó:

—Me parece que todos somos amigos.

—No todos viejos—contestó ella.

Aquello era rechazarle de antemano, indirectamente.

¿Qué hacer, por otra parte?

¿Decirle que la amaba?

Le despediría, indudablemente; ó bien, indignándose, le arrojaría de su casa.

Él prefería todos los dolores al horrible temor de no verla más.

Envidiaba el talento de los pianistas, los chirlos de los militares; deseaba una enferme-

dad peligrosa, esperando interesarla de aquel modo.

Una cosa le admiraba; que no estaba celoso de Arnoux; y no se la podía imaginar sino vestida: tan natural le parecía su pudor, y apartaba su sexo á una misteriosa sombra.

Sin embargo, pensaba en la dicha de vivir con ella, de tutearla, de pasarla la mano suavemente por sus cabellos, ó de estar en el suelo, de rodillas, con ambos brazos alrededor de su cintura, bebiendo su alma en sus ojos.

Preciso habría sido para esto subvertir el destino; é incapaz de acción, maldiciendo á Dios y acusándose de su cobardía, se revolvía en su deseo, como un prisionero en su calabozo. Una angustia permanente le ahogaba; permanecía horas enteras inmóvil, ó estallaba en lágrimas; y un día, que no tenía fuerzas para contenerse, Deslauriers le dijo:

—Pero... ¡vive Dios! ¿qué es lo que tienes?

Federico sufría de los nervios. Deslauriers no lo creyó.

Ante semejante dolor, había sentido despertarse su ternura y le consoló.

Un hombre como él, dejarse abatir ¡qué tontería! Pase en la juventud; pero más tarde, era perder su tiempo.

—Me estropeas á mí, Federico. Prefiero el antiguo muchacho y siempre igual; me gustaba. Va-

mos, fuma una pipa, animal. Muévete un poco, tú me apenas.

—¡Es verdad!—dijo Federico—¡estoy loco! El pasante replicó:

—¡Ah, viejo trovador! bien sé lo que te aflige. ¿El corazoncito? confíesalo. ¡Bah! una pérdida, cuatro halladas. Consuélese uno de las mujeres virtuosas, con las otras. ¿Quieres que te haga conocer mujeres? No tienes más que venir á la Alhambra.

Era este un baile público, abierto recientemente en lo alto de los Campos Eliseos, y que se arruinó desde la segunda temporada por un lujo prematuro en ese género de establecimientos.

—Parece que allí se divierte uno,—continuó Deslauriers— vamos allí; acompaña te de tus amigos, si quieres; te permito hasta Regimbart.

Federico no invitó al ciudadano.

Deslauriers se privó de Sénécá; llevaron; únicamente, á Hussonnet y Cisy con Dussardier, y el mismo coche les condujo á los cinco á la puerta de la Alhambra.

Dos galerías árabes se extendían á derecha é izquierda, paralelamente. La pared de una casa, enfrente, ocupaba todo el fondo, y el cuarto lado, el del restaurant, figuraba un claustro gótico con vidrios de colores. Una especie de techumbre china cubría el estrado en que

tocaban los músicos; el suelo de alrededor se hallaba asfaltado, y faroles venecianos colgados de las columnas formaban á las cuadrillas, desde lejos, una corona de fuegos multicolores. Varios pedestales á trechos, sostenían tazas de piedra de que saltaba un hilillo delgado de agua. Veíanse entre el follaje estátuas de yeso, Hebes ó Cupidos enteramente pegajosos de pintura al óleo; y las avenidas numerosas, alfombradas de arena muy amarilla cuidadosamente tamizada, hacían parecer el jardín más vasto de lo que era.

Estudiantes, paseaban á sus amantes; dependientes de novedades se pavoneaban con un bastón entre los dedos; colegiales fumaban regalías; viejos célibes acariciaban con un peine su barba teñida; había allí ingleses, rusos, gentes de la América del Sur, tres orientales; loretas, grisetas y muchachas habían ido allí esperando encontrar un protector, un enamorado, una moneda de oro, ó sencillamente por el placer del baile; y sus trajes de túnica verde mar, azul, cereza ó violeta, pasaban, se agitaban entre los ébanos y los lilos. Casi todos los hombres llevaban telas de cuadros; algunos, pantalones blancos, á pesar de la frescura de la noche. Encendíanse los faroles de gas.

Hussonnet, por sus relaciones con los periódicos de modas y los teatrillos, conocía muchas mujeres, á las que enviaba besos con la

punta de los dedos, y de cuando en cuando dejaba á sus amigos y se iba á hablar con ellas.

Deslauriers tuvo envidia de aquellas maneras y abordó cínicamente á una rubia alta, vestida de mahón.

Después de haberse fijado en él con aire desapacible, le dijo:

—No; nada de confianzas, buen hombre.

Y giró sobre sus talones.

Se dirigió entonces á una morena gruesa, que estaba loca indudablemente, porque saltó desde la primera palabra, amenazándole, si continuaba, con llamar á los municipales. Esforzóse Deslauriers por reír, y descubriendo, seguidamente, á una mujer pequeña sentada algo aparte, debajo de un reverbero, le propuso una contradanza.

Los músicos, encaramados en el estrado, en posturas de monos, arañaban y soplaban impetuosamente. El director de orquesta, de pié llevaba el compás de una manera automática. La gente, amontonada, se divertía; las cintas desatadas de los sombreros rozaban las corbatas; las botas se escondían en las faldas; todo aquello saltaba cadenciosamente; Deslauriers estrechaba á la mujer pequeñita, y arrebatado por el delirio del cancán, se revolvía en medio de las cuadrillas como un gran polichinela. Cisy y Dussardier seguían su paseo; el joven aristó-

crata miraba á las chicas, y á pesar de las exhortaciones del dependiente, no se atrevía á hablarles, figurándose que había siempre detrás de aquellas mujeres un hombre escondido en el armario con una pistola, y que sale para obligar á uno á que firme letras de cambio.

Volieron junto á Federico; Deslauriers ya no bailaba, y todos se preguntaban cómo acabarían la noche, cuando Hussonnet gritó:

—¡Calla! La marquesa de Amaëgui.

Era ésta una mujer pálida, de nariz remanada, con mitones hasta los codos y grandes bucles negros que colgaban por sus mejillas, como orejas de perro. Hussonnet le dijo:

—Podríamos organizar una fiestecita en tu casa, un *raout* (asamblea) oriental. Procura recoger á algunas de tus amigas para estos caballeros franceses. ¿Qué es lo que te contraría? ¿Esperas á tu hidalgo?

La andaluza bajaba la cabeza; conociendo las costumbres poco espléndidas de su amigo, tenía miedo de costear ella los refrescos. Por fin, á la palabra dinero, largada por ella, Cisy ofreció cinco duros, todo su bolsillo; la cosa fué decidida; pero Federico no estaba ya allí.

Había creído oír la voz de Arnoux, visto un sombrero de mujer, y se había escondido al punto en un bosquecillo de al lado.

La señorita Vatnaz estaba sola con Arnoux.

—Dispense usted si le molesto.

—De ninguna manera—contestó el comerciante.

Federico, á las últimas palabras de su conversación, comprendió que había acudido á la Alhambra para tratar con la señorita Vatnaz un negocio urgente, y sin duda Arnoux no se encontraba enteramente tranquilizado, cuando le dijo con aire de inquietud:

—¿Está usted completamente segura?

—Completamente segura; le aman á usted; ¡qué hombre este!

Y le hacía un gesto de burla, sacando sus gruesos labios, casi sanguinolentos en fuerza de estar rojos. Pero tenía unos ojos admirables, felinos, con chispas doradas en las pupilas llenos de malicia, de amor, de sensualismo. Alumbraban como lámparas la tez algo amarilla de su flaca fisonomía. Arnoux parecía gozar con sus sofiones, se inclinó hasta ella y le dijo:

—Es usted amable, béseme usted.

Y ella, cogiéndole por las orejas, le besó en la frente.

En aquel momento se pararon los bailes, y en el sitio del director de orquesta se presentó un guapo joven, demasiado gordo y de una blancura de cera. Llevaba el pelo negro muy largo, peinado como Cristo, un chaleco de terciopelo azul con grandes palmas de oro: su aire,

orgullosa, como el de un pavo real, estúpido como un pavo común; y después de saludar al público, entonó una cancioncilla. Érase un aldeano que contaba su viaje á la capital, el artista hablaba como los de la baja Normandía; hacía el borracho, y el refrán:

«¡Ahl he reído, he reído  
en este holgazán de París»,

levantaba estrepitoso entusiasmo. Delmas, cantante expresivo, era demasiado maligno para que se le dejara enfriar. Le pasaron prestamente una guitarra, y gimió una romanza titulada *El hermano de la Albanesa*.

La letra recordó á Federico la que cantaba el hombre desarrapado entre los tambores del barco. Sus ojos se fijaban involuntariamente en el bajo del vestido que se hallaba delante.

Después de cada copla seguía una larga pausa, y el soplo del viento en los árboles se asemejaba al ruido de olas.

La señorita Vatnaz, separando con una mano las ramas de un ligustro que le ocultaba el tablado, contemplaba al cantante, fijamente, con las narices abiertas, las cejas unidas, y como perdida en una profunda alegría.

—Muy bien—dijo Arnoux.—Comprendo por qué ha venido usted esta noche á la Alhambra: Delmas, ¿le gusta á usted, querida?

Ella no quería confesar nada.

—¡Ah, qué pudor!

Y señalando á Federico, añadió:

—¿Es por este? Pues no tendría usted razón, no hay muchacho más discreto.

Los otros que buscaban á su amigo, penetraron en el sitio donde Hussonnet les presentó; Arnoux distribuyó cigarros y regaló sorbetes á la compañía.

La señorita Vatnaz se había puesto encarnada al ver á Dussardier; se levantó enseguida, y alargándole la mano, dijo:

—¿Se acuerda usted de mí, Sr. Dussardier?

—¿Cómo? ¿la conoce usted?—preguntó Federico.

—Hemos estado en la misma casa—contestó él.

Cisy le tiraba de la manga, y se marcharon; apenas se fué, la señorita Vatnaz empezó á elogiar su carácter, y hasta añadió que tenía «el genio del corazón.»

Después se habló de Delmas, que podría, como mímica, alcanzar éxitos en el teatro, y de aquí se suscitó una discusión, en que se mezcló Shakespeare, la censura, el estilo, el pueblo, las reglas de la Puerta de San Martín, Alejandro Dumas, Víctor Hugo y Dumersan. Arnoux había conocido muchas actrices célebres; los jóvenes se acercaban para oírle. Pero sus palabras se apagaban con el ruido de la música; y



al punto que la cuadrilla ó la polka terminaban, todos se aproximaban á las tablas, llamaban al mozo, reían; las botellas de cerveza y de limonada gaseosa saltaban entre el follaje; las mujeres gritaban como gallinas; á veces dos señores querían batirse; un ladrón fué detenido.

Al galop, los bailarines penetraron en las avenidas. Y los antes sonrientes y con la cara roja, desfilaban en torbellino que levantaba los vestidos y los faldones de los fracs; los trombones rugían más fuerte; el ritmo se aceleraba; detrás del claustro de la Edad Media se oyeron chisporroteos y estallaron cohetes; giraban los soles; las luces de bengala, color esmeralda, iluminaron durante un minuto todo el jardín; y al último cohete, la multitud exhaló un prolongado suspiro, desfilando lentamente.

Una nube de pólvora flotaba en el aire. Federico y Deslauriers iban en medio de la gente despacio, cuando les detuvo un espectáculo: Martinon tomaba el cambio en el depósito de los paraguas; acompañaba á una mujer de unos cincuenta años, fea, magníficamente vestida, y de un rango social problemático.

—Ese mozo,—dijo Deslauriers—es menos simple de lo que parece. ¿Pero dónde está Cisy?

Dussardier les señaló el café, á donde vieron al hijo de los bravos, delante de un tazón de

ponche, en compañía de un sombrero rosa.

Hussonnet, que se había ausentado hacía cinco minutos, se presentó en aquel momento. Una joven se apoyaba en su brazo, llamándole en voz muy alta:

—¡Gatito mío!

—No—le decía él—en público, no; llámame vizconde. Esto dá tono, género caballero Luis XIII y botas flexibles, que me agrada. Sí, amigos míos, unas relaciones antiguas. ¿No es verdad que es guapa?

Y le cogía la barba.

—Saluda á estos señores; todos son hijos de Pares de Francia; les trato para que me nombren embajador.

—¡Que loco es usted!—repuso la señorita Vatnaz.

—Y rogó á Dussardier que la acompañara hasta su puerta.

Arnoux les vió alejarse, y volviéndose después á Federico, le dijo:

—¿Le gustaría á usted la Vatnaz? No es usted franco en este punto. Creo que oculta usted sus amores.

Federico se puso pálido, y contestó que no ocultaba nada.

—Es que no se le conoce á usted amante—replicó Arnoux.

Federico tuvo gana de citar un nombre, al

azar. Pero la historia podían contársela *á ella*, y respondió que efectivamente no tenía amante.

El comerciante se lo censuró.

—Esta noche era buena ocasión. ¿Por qué no ha hecho usted como los demás, que se van todos con una mujer?

—Bueno ¿y usted?—dijo Federico impaciente por tal insistencia.

—Yo, hijo mío, es diferente; me voy á buscar la mía.

Llamó un coche y desapareció.

Los dos amigos se fueron á pie. Soplaba un viento Este; no hablaba ni el uno ni el otro. Deslauriers se lamentaba de no haber brillado ante el director de un periódico y Federico se hundía en su tristeza.

Por fin, dijo que el baile le pareció estúpido.

—¿De quién es la culpa?—Si no te nos hubieras escapado por tu Arnoux.

—Cuanto yo hubiera podido hacer hubiera sido completamente inútil.

Pero el pasante tenía sus teorías; era suficiente para obtener las cosas, desearlas formalmente.

—Sin embargo, tú mismo, hace un instante...

—Bastante me importaba—dijo Deslauriers, cortando en redondo la alusión.—¿Es qué me voy á enredar con las mujeres?—y declamó

contra sus travesuras, sus necesidades; en resumen, que le desagradaban.

—No las busques entonces—dijo Federico.

Deslauriers se calló; pero de repente exclamó:

—¿Quieres apostar cien pesetas que logro la primera que pase?

—Sí,—aceptado.

La primera que pasó fué una repugnante mendiga; y ya desesperaban de la casualidad, cuando en el centro de la calle de Rivoli, vieron una chica alta que llevaba en la mano una cajita.

Deslauriers se le acercó debajo de los arcos; ella se dirigió bruscamente por el lado de las Tullerías, y tornó á seguida por la plaza del Carrousel, lanzando miradas á izquierda y derecha. Corrió hacia un coche; pero Deslauriers, la alcanzó; iba á su lado hablándole con gestos expresivos. Por fin aceptó ella su brazo y continuaron á lo largo de los muelles. Después á la altura del Châtelet, durante veinte minutos por lo menos, se pasearon por la acera como dos marineros que hacen su guardia. Pero, de repente, atravesaron el puente del Cambio, el mercado de las Flores y el muelle Napoleón. Federico entró detrás; Deslauriers le hizo comprender que les molestaría y que siguiera su ejemplo.

—¿Cuánto tienes todavía?

—Diez pesetas.

—Basta. Buenas noches.

Federico se admiró de ver el éxito de aquella broma.

—Se burla de mí—pensó.—Vamos, Deslauriers creería, quizás, que le envidiaría aquel amor. Como si yo no tuviera uno, y cien veces más raro, más noble, más fuerte. Una especie de cólera le lanzaba, y llegó delante de la puerta de la señora de Arnoux.

Ninguna de las ventanas correspondía á sus habitaciones; sin embargo permanecía con la vista fija en la fachada, como si hubiera creído que por aquella contemplación podían agujerarse los muros. En aquel instante, sin duda descansaba, tranquila, como flor dormida, con sus hermosos cabellos negros entre los encajes de la almohada, los labios entreabiertos, la cabeza sobre uno de los brazos.

La de Arnoux surgió y alejóse para huir de aquella visión.

El consejo de Deslauriers se presentó á su memoria, se horrorizó y anduvo errante por las calles.

Cuando se adelantaba un transeunte, procuraba distinguir sus facciones; de cuando en cuando, un rayo de luz pasaba entre sus piernas, describiendo en la superficie del piso un inmen-

so cuarto de círculo; y un hombre aparecía en la sombra con su cesta y su farol. El viento en ciertos sitios sacudía el cañón de hierro de una chimenea; oíanse sonidos lejanos mezclándose con el zumbido de su cabeza, y creía escuchar en los aires el vago ritornelo de las contradanzas.

El movimiento de su marcha sostenía aquella embriaguez. Pronto se encontró en el puente de la Concordia.

Entonces se acordó de aquella noche del invierno anterior, en que saliendo de casa de ella, por primera vez, le había sido preciso detenerse, tan fuertemente palpitaba su corazón á la presión de sus esperanzas. ¡Todas habían muerto ya!

Algunas oscuras nubes ocultaban la luna; la contemplaba, soñando con la magnitud de los espacios, con la miseria de la vida, con lo vacío de todo. Amaneció; chocaban sus dientes; y medio dormido, mojado por la niebla y enteramente lleno de lágrimas, se preguntó por qué no acabar allí; solo un movimiento era necesario. El peso de su frente le arrastraba, veía flotar su cadáver sobre el agua; Federico se inclinó. El parapeto era un poco ancho, y por laxitud de su ánimo no intentó salvarlo.

Se sobrecogió de temor; volvió á los bulevares y se dejó caer sobre un banco; los agen-

tes de policía le despertaron, convencidos de que estaba beodo.

Se puso de nuevo en marcha; pero como sentía grande hambre, y todos los restaurantes estaban cerrados, se fué á cenar á un bodegón de los mercados; después de lo cual, juzgando que aún era demasiado pronto, se paseó por los alrededores de la Casa Ayuntamiento hasta las ocho y cuarto.

Deslauriers hacía mucho tiempo que había despedido á la doncella, y escribía en la mesa, en medio del cuarto. Hacia las cuatro entró el Sr. de Cisy.

Gracias á Dussardier, la noche anterior dió de manos á boca con una señora, y hasta la acompañó en coche, con su marido, á la puerta de su casa en que ella le dió cita. De allí venía. No conocían aquel nombre.

—¿Qué quiere usted que yo le haga?—dijo Federico.

Entonces el noble habló de la señorita Vataz, de la andaluza y de todas las demás. Por fin, con muchas perifrasis, expuso el objeto de su visita; confiando en la discreción de su amigo, venía para que le auxiliase en un paso, después del cual se consideraría definitivamente como un hombre; y Federico no lo rehusó. Contó la historia á Deslauriers, sin decir la verdad en lo que personalmente le concernía.

El pasante dijo que iba ahora muy bien. Aquella deferencia á sus consejos aumentó su buen humor.

Por ella había seducido, desde el primer día, á la señorita Daviou (Clemencia) bordadora de oro para uniformes militares, la persona más dulce del mundo, y esbelta como una caña, con grandes ojos azules, continuamente emboados. El pasante abusaba de su candor, hasta hacerla creer que estaba condecorado; adornaba su levita con una cinta encarnada, en sus entrevistas; pero se la quitaba en público para no humillar á su principal, decía. Por lo demás, la tenía á distancia, se dejaba acariciar como un pachón, y la llamaba «hija del pueblo» como en broma. Trafale ella siempre ramitos de violetas. Federico no habría querido amor semejante.

Sin embargo, cuando salían del brazo, para ir á un gabinete de casa Pinson, ó casa Barillot, experimentaba una singular tristeza. Federico no sabía cuanto, desde hacía un año, había hecho sufrir á Deslauriers, cuando se cepillaba las uñas, antes de ir á comer á la calle de Choiseul.

Una noche, de lo alto de su balcón, les veía salir, y de lejos á Hussonnet en el puente de Arcole. El bohemio se puso á llamar á Federico, por señas, y bajó sus cinco pisos.